

FRANCISCO JAVIER BILLINI: SACERDOTE, MAESTRO, PERIODISTA Y FILANTROPO

Por: Dr. Virgilio Hoepelman

Nada más breve y seguramente más conmovedor que la biografía de Francisco Javier Billini. Vino al mundo el día 1º de diciembre del 1837, en la calle del Tapado (hoy 19 de marzo) hijo del ex militar y comerciante italiano Juan Antonio Billini y de doña Ana Joaquina Hernández, cubana, bayamesa, pero de progenitores dominicanos. Fue alumno del doctor Elías Rodríguez y del presbítero Fernando Arturo de Meriño. En 1861, en la isla de Puerto Rico, mediante las dimisorias del ilustre orador sagrado fue ordenado sacerdote por el Obispo fray Benigno Carrión. Su primera misa la cantó el día 9 de junio de ese mismo año; y podemos adivinar la euforia del joven cura de 24 años, esperanzado además por lo que él creyó el inicio de una etapa de progreso y de paz espiritual; y que lo fue, por desdicha, de rudos encuentros entre peninsulares y criollos. Se sabe hoy que el primer disgusto fue el propio héroe de Las Carreras, cuyo título de Capitán general fue tan vacío de contenido como efímero. no obstante las zalemas de la reina Isabel II. Muchos prohombres del Clero y muchos militares bizarros como Suero, Puello y Miches, entre muchos más, también deplorarían, en lo íntimo de su conciencia, las arrogancias de la burocracia y de los altos mandos militares, en un país que, como el nuestro, no estaba acostumbrado a tales ridiculeces.

Hoy, a los 122 años de tal acontecimiento, nos parece lógica la decisión de la familia Billini, ofuscada por el sombrío panorama político, en que hechos tan ominosos como el fusilamiento de Pepillo Salcedo y la discordia a veces pueril entre los restauradores, eran un prenuncio de los tétricos días del Triunvirato y del Protectorado, en la vieja ciudad del Ozama, cuando las ambiciones de los patriotas no eran ya tan puras como en 1863. En ese año, precisamente,



el categórico y perplejo levita se había negado, en Higüey, a reconocer las bondades del régimen español. El menos perspicaz de los biógrafos tendrá que reconocer que se había arrepentido de sus juveniles entusiasmos; y que su amor a la patria era tan puro como el de su noble amigo Gregorio Luperón.

El joven de 29 años, pues, era la antítesis del joven de 24, pues su espíritu había madurado y tenía ahora la firme convicción de que su destino era enseñar a niños, jóvenes y adultos las artes, las ciencias y las letras, sin mengua de sus deberes religiosos, cada día más urgentes. Fundó, pues en agosto de 1866 el colegio "San Luis Gonzaga", al mismo tiempo que su hermana María Nicolasa daba apertura en la Común de San Carlos, al colegio "El Dominicano", para los grados primarios. En la historia de nuestro proceso cultural, nada tan hermoso como la obra de esos hermanos, porque después de la épica contienda, a la crisis económica se unía la abundancia de analfabetos de todas las edades y condiciones. Carne de cañón para los seudo líderes políticos, entre los cuales eran luces extrañas (y para muchos, impertinentes) un Bonó, un Espaillat, un Francisco Gregorio Billini y un Tejera.

Ese plantel, admirable por muchos conceptos, ubicado en la calle Universidad (hoy Padre Billini), fue una hazaña de cerca de medio siglo, iniciada en su primera etapa por quien, carente de medios, salvo una modestísima herencia inmobiliaria, para el sostenimiento de la familia y mucha gente paupérrima, no sólo se mantuvo en pie, sino que dió vida a una imprenta, un gimnasio para la cultura física, una Biblioteca pública y hasta una banda de música. Sitio de constantes visitas era el floribundo patio, inspirador acaso de los primeros versos del autor de "Romances de la Hispaniola".

Ese plantel, sueño hecho realidad en el melancólico Santo Domingo del 1866, tenía 4 años después, como lo recuerda Mariano Lebrón Saviñón en su "Historia de la Cultura Dominicana", una Academia de Náutica; y cátedras de griego, latín, inglés y francés; y once años más tarde, una Escuela nocturna, con una matrícula de casi dos mil alumnos. Y en 1872, la escuela dominical de artesanos. . . "Es la primera escuela de artes y oficios creada en la República Dominicana". . . Se impartían clases de zapatería, sastrería, carpintería y otros oficios.



Tan singulares empeños se estrellaron en la roqueña realidad ambiental, en que la inconsulta emisión de papel moneda, como lo recordó don Juan Elías Moscoso, en 1910, fue uno de los más deplorables yerros de nuestro pasado económico.

Pocas páginas se han escrito en nuestro país de tan alto civismo como las que dedicó ese sapiente ciudadano al Educador y a una de sus más eficaces instituciones. “El Padre Billini —dijo— había dedicado al Colegio de San Luis Gonzaga grandes energías y grandes desvelos, y logró en ocasiones encumbrarlo tanto, que la fama del notable instituto traspasó los linderos del país, y de algunas de las antillas vecinas vinieron a sus aulas muchos jóvenes que se educaron en ellas y adquirieron los conocimientos que más tarde les valieron para abrirse paso y ser útiles a ellos mismos y a la sociedad a que pertenecían.

Aquí en Santo Domingo, nadie osaría discutir la preponderancia y crédito que alcanzó el Colegio de San Luis Gonzaga, pues los frutos que rindió fueron tantos y de tal valor, que aún están en el escenario de la vida pública, muchos de los que recibieron en él, cuando menos, la instrucción primaria, que es la base y fundamento de los demás grados de conocimiento, y que en todas partes ha servido y sirve para despertar y estimular las fuerzas intelectuales del niño, e iniciar el desarrollo de su espíritu, sugiriéndole a veces las grandes concepciones que han asombrado y asombran a la humanidad.

Pero todas las cosas tienen su fin, y el Colegio de San Luis Gonzaga no podía subsistir mucho tiempo a la muerte de su esclarecido fundador.

Cuando el padre Billini murió, el Colegio había decaído un tanto, y nadie como el padre conocía el resorte de la existencia de esa obra admirable; ni nadie como él era capaz de inventar recursos para darle vida a un instituto que necesitaba una renta relativamente crecida para su sostenimiento.

Muerto el padre Billini, se hizo cargo de la Dirección el señor Francisco Gregorio Billini, su sobrino, hombre amante de la instrucción y de gran capacidad intelectual, pero que no se había consagrado nunca a la enseñanza, y carecía de las condiciones que eran menester para encontrar el modo de ci-



mentar la obra, cuya existencia se vinculaba en la poderosa iniciativa y en la firme resolución del eminente ciudadano, para quien no había imposibles ni dificultades que no superase con el aliento de su infatigable espíritu.

Vino la decadencia completa del establecimiento; y cuando en 1895, primero, y luego en 1897, otros ciudadanos bien inspirados quisieron levantarlo y organizarlo de nuevo, logrando los últimos, por espacio de dos o tres años, poblar las aulas y poner en práctica un plan racional de estudios, que correspondía a las necesidades de la educación moderna, esos esfuerzos se estrellaron contra el malestar económico en el país. . . ”

Como lo recuerda Moscoso, del Colegio salieron muchos graduados que después fueron figuras públicas. Don Vetilio Alfau Durán cita en su monografía a personas de tanta prosapia como Woss y Gil, Prud-homme, los hermanos Deligne, Leopoldo Navarro, Demetrio Rodríguez, Ramón Cáceres, Morales Languasco, Miguel Angel Garrido. Era un imán, para todos los jóvenes amantes del estudio, el regio edificio de vastas habitaciones y largos corredores, que sería después sede de la Suprema Corte de Justicia y, durante los años 30, tras el pavoroso incendio que lo redujo a escombros, cuartel del Benemérito Cuerpo de Bomberos Civiles. Felizmente, en el enorme solar, fue construido un edificio para el Instituto de Señoritas Salomé Ureña.

Durante unos 24 años de vida agónica, el padre Billini repartió sus horas entre los deberes eclesiásticos, que jamás descuidó, en su amada iglesia de Regina Angelorum, o la Catedral, y las entidades hijas de su corazón como la Casa de Beneficencia y el Orfanato. Para que sus fundaciones se mantuviesen en pie, tuvo que convertirse en limosnero e ir durante muchos años caminando de puerta en puerta en solicitud de ayuda, la que fuese: dinero, ropa, alimentos. . . Con la misma vehemencia con que creyó en la patria del Cid, o por lo menos en sus conductores, lo que a veces irritaba a Meriño, García y otros notables, con esa misma vehemencia, de profundas raíces latinas, pedía a los pobres y a los ricos, soportando no pocas veces airadas negativas o ademanes de fastidio.

Nada menos que el señor Hostos tenía afecto admirativo por ese “hombrecito ensimismado, tenaz, imperioso”,



perplejo, sin duda, ante tan ardiente caridad y el temple de acero, cosas que ningún experimento de psicología científica podría explicar. Pues, ¿acaso alguien lo ignoró en su época?, ese cura al parecer frágil sabía enfrentarse a los díscolos y desafiar a los perversos con su sola presencia o con sus fervientes homilías, pues ni fue un anacoreta, ni mucho menos un Amiel tras el burladero de negra sotana, ni tampoco un misántropo ajeno a las asperezas del trato cotidiano, sino un claro varón, de implacable energía. Cuando novelistas y pintores se decidan a volver los ojos al pasado, en páginas y murales figuras representativas como las del padre Billini suscitarán detenida atención. Entonces, las frecuentes polémicas en torno a nuestros próceres serán sustituidas por una visión más adecuada de sus actitudes, en tal o cual circunstancia, y sabremos admirarlos y comprenderlos como se merecen, en vez de complacernos en rebajarlos, por ignorancia supina o por irresponsable liviandad.

Pero también el Colegio fue mudo testigo, en muchos casos, de las aflicciones y congojas de su Rector, cuando los fogones estaban apagados, por falta de víveres: o cuando el dinero era insuficiente para el pago de los sueldos de maestros y empleados. Era patético, entonces, el silencio resignado del noble sacerdote, cuya fe en el Altísimo quizás tuvo momentos de vacilación aunque fugaces y que siempre reaparecía, como sucede con la luz solar cuando se interpone transitorio nublado. En el hermoso Album conmemorativo del año 1910, que tiene valor de antología y que ojalá fuese reproducido por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, se cuenta lo relatado por el padre Montás, quien, al visitar al filántropo en su aposento lo encontró llorando amargamente; y al preguntarle, alarmado, el motivo de su llanto, le respondió: "Es que el panadero ha venido ya varias veces a cobrarme el pan que me sule para el Colegio y no he podido pagárselo; y mañana volverá y no sé que más pueda excusarme". El padre Montás se acordó entonces de que había visto al alumno Demetrio Rodríguez (el futuro bizarro militar), recibir su remesa de ese mes, desde Monte Cristy y nada dijo, pero se fue directamente al cuarto de Demetrio a contarle el triste caso del padre Billini a ver si le podía facilitar la suma necesaria que ya ascendía a 40 pesos, o más. El joven hizo



suya la angustia y sin una palabra más, fue a su baúl, sacó la dicha suma y la entregó muy contento al padre Montás diciéndole: "Con mucho gusto y diga al padre Billini que no tendrá que devolvérmela". "Desde entonces, escribió muy conmovido el párroco de Higüey, le tomé tal cariño a ese joven, que todavía este año, y los que me restan de vida, la primera misa del año, en donde me encuentre el 2 de enero, fecha de su trágica muerte, y día de la primera misa de todos los sacerdotes, la oficio y oficiaré a su grata memoria".

Gracias al periodista Miguel Angel Garrido, quien era muy exigente frente a los hombres públicos, y muy parco en el elogio, conocemos hoy cuanto hizo y cuanto pensó hacer el padre Billini en bien de sus semejantes, y de la patria que tanto supo honrar y amar. En primer lugar reedificó el templo en ruinas de Regina Angelorum, que había sido edificado en 1560 por la piadosa dama doña María de Arana.

Después, construyó la plazuela de Regina, que, según mi inolvidable amigo don Luis E. Alemar, tenía un buen enverjado de hierro, una bonita fuente en el medio; ocho escaños y floridos arriates, que cuidaban con esmero los vecinos. Era muy extensa, ya que tenía 84 metros de largo por 33 de ancho.

En 1866, al concederle el gobierno de Cabral el antiguo local del convento, también construido a expensas de la viuda Arana, se entregó de inmediato a la faena restauradora, hasta transformar el viejo caserón colonial en un hermoso local, destinado al Colegio San Luis Gonzaga.

No satisfecho con la creación de ese plantel, cuya docencia fue servida por notables maestros, fundó en otro edificio tan extenso como bien ubicado, la Casa de Beneficencia, centro médico de primer orden, cuando las camas eran catres y contados los facultativos, pero los pacientes eran atendidos con filial o paternal diligencia. Tenía este centro una vasta sala de clínica quirúrgica; un departamento para mujeres: jardines, cocinas, lavandería, farmacia y, para dialogar con Dios, la capilla de San Andrés, edificada en el siglo XVI y que también se vió en la necesidad de reconstruir el infatigable presbítero.

En el acta notarial redactada por el ingeniero Congález Lavastida, en junio de 1881, en presencia del Arzobispo Ro-



que Cocchia del padre Billini y de otros sacerdotes, se le llama también a esta Casa de Beneficencia, hoy Hospital Padre Billini, Asilo de Pobres, que había sido fundado doce años antes.

Todos los gastos de reparación, hasta ponerlo habitable, serán por cuenta del Presbítero Billini, sin derecho de exigir remuneración en ningún tiempo, perdiendo él la cantidad invertida y volviendo a la propiedad del Estado el edificio y sus dependencias, siempre que dejase de ser aplicado al objeto para el cual le ha sido concedido, quedando por consiguiente nula, sin ningún valor ni efecto, la presente concesión”.

En la obra de Alfau Durán, mediante los artículos recopilados por Monseñor doctor Rafael Bello Peguero y con prólogo del Obispo Monseñor Juan F. Pepén (1987), se recogen los nombres de los primeros enfermos asistidos en la Casa de Beneficencia, en que sirvió como médico el ilustre prócer Ramón Emeterio Betances, y cuyo primer local fue el inmueble propiedad del doctor Pedro Delgado y que hoy ocupa la Logia Esperanza. Pasaban de dos centenares, en 1882, los atendidos y en gran número curados enfermos, gracias a los desvelos del sacerdote.

Preocupado ahora por la triste situación de los dementes, muchos de los cuales constituían motivos de escándalo en las vías públicas, y un peligro para sus deudos, resolvió buscarles un refugio y cuidados médicos, aunque fuese a costa de una estrella del cielo, como hubiese dicho Duarte. Solicitó, pues, la concesión del edificio en ruinas llamado Convento de San Francisco, adjunto al templo de ese nombre, y mediante decreto del presidente Meriño, refrendado por el Congreso Nacional, se le concedió, aunque sólo por dos años. Ya en forma el viejo local, el Manicomio fue también una entidad modelo, con separación de hombres y mujeres, con hermosos patios llenos de árboles frutales y salas de recibimiento, tanto de visitantes como de parientes de los enfermos. Manuel de Jesús Galván, en un artículo necrológico y en relación con esta nueva entidad de bien social, escribió: “Yo le ví un día, poco tiempo después de instalado el manicomio que él fundó, hacerse abrir la verja de una celda donde se hallaba una anciana loca frenética. El terror se traslucía en



los semblantes de todos los concurrentes, porque el furor de la infeliz iba hasta arrojar a las buenas mujeres que la asistían los alimentos y cuanto hallaba a mano.

Rugía como una fiera, y sus ojos extraviados y todo su aspecto descompuesto hacían de su aproximación un peligro evidente.

Quise disuadir al filántropo de su temeraria empresa; pero no me escuchó; y con la faz serena y risueña, entró en la terrífica celda, cerró la verja en pos de sí, y se quedó frente a frente con la furiosa. Todos los circunstantes pali-decimos; mientras que el Padre, con su voz dulce e infantil dirigía la palabra a aquel ser casi irracional; y ella, al oír su acento, cambiaba el rugido en gemido, y su mirada dejaba de ser feroz, y su actitud se hacía humilde, hasta el extremo de acurrucarse toda convulsa en el suelo, a los pies del sacerdote, que con la orla de su viejo manto le cubría cariñosamente la cabeza.

Yo ví esto; y en vano me acordé del magnetismo, y en vano me hubiera acordado del hipnotismo, si entonces se hubiera conocido este fenómeno científico. Lo que reconocí claramente es que el espíritu de Dios estaba por allí, en alas de la santa caridad”...

El amor del Padre Billini por los desvalidos no le permitía el reposo; su inquietud era grande al observar, en sus recorridos por las calles, a los niños harapientos y sin hogar decente, sin escuela ni zapatos; y algo peor, destinados a la mendicidad y la cárcel. fundó, en consecuencia el famoso Orfelinato, cuyo amplio local, en la antigua calle de la Luna (hoy Sánchez) tenía un salón de recibo, muchos aposentos y jardines para los niños. Un adecuado personal educaba a los menores, oportunamente rescatados de los males de la ignorancia, por un sacerdote de singular tenacidad.

Al ser designado párroco en la zona de la Catedral, 1877, fue ostensible su entusiasmo al iniciar los trabajos de reparación y embellecimiento de la histórica Basílica. Es muy posible que, para sentirse digno de la Parroquia Mayor, como entonces era llamado ese sector de la arquidiócesis, y por su profunda veneración a tan valiosa joya del arte colonial, el Padre billini se sintiese feliz, aun en medio de sus calladas tribulaciones. Ya desde el 18 de febrero informo desde el púlpito a los feligreses sobre el estado ruinoso del



templo y la urgente necesidad de repararlo. Al día siguiente, con el peculiar dinamismo de su espíritu inquieto, solicitó la autorización del señor Arzobispo, que le fue concedida; y el día 31 de marzo, suplicó y reclamó, mediante circular, la ayuda de todos los hijos de Santo Domingo, poniendo de relieve la belleza arquitectónica de ese "primer edificio clásico de la América"... "orgullo de los dominicanos".

El día 10 de abril, ya en marcha los trabajos, aún con mayor vehemencia y con hermosos ejemplos de la Historia sagrada, pidió de nuevo la cooperación económica de todos, pero cada cual a la medida de sus posibilidades. Yo creo que en esta etapa de su afanosa existencia, Billini fue sublime, pues demostró hasta al más escéptico, y hasta al más egoísta, su auténtico dominicanismo, que algunos aún ponen en duda por haber admirado tanto a España, quizás porque se sentía hermano de don Quijote. En el mensaje del 10 de abril, un hombre en quien casi todos creían, y a quien casi todos amaban, solicitó del pueblo una primera contribución para dar inicio a los trabajos, que él llamó extraordinaria; y una segunda, ordinaria, que consistiría en un donativo de 5 centavos cada semana por parte de cada familia acomodada entre los moradores de la capital, para entregar los viernes, a las personas provistas de credencial para recibirlo. Las nuevas generaciones están en la obligación moral de leer la relación sobre esos trabajos, recogida en un folleto y un informe publicado en "La Crónica", ambos con fecha 31 de mayo, 1878, no solamente por su valor histórico, sino por su valor ético. Constituyen un historial pormenorizado de todo cuanto hizo el filántropo para reparar la maltrecha Catedral de Santo Domingo, ahora mismo en proceso de nueva y definitiva reparación. A pesar del buen éxito, el padre Billini no quedó satisfecho, ya que su plan de restauración había sido ambicioso y, por insuficiencia de recursos, no pudo realizarlo a plenitud. La prueba es que, con la aprobación mayoritaria de Regidores municipales y personas "ilustradas y notables", eliminó el coro bajo, que estaba en completo estado de deterioro e impedía la más hermosa vista del interior de la Iglesia Catedral; abrió puertas hasta ese momento ocultas, excavó pisos y descubrió, el día 14 de mayo, los restos de don Luis Colón.



Profundamente atribulado estaba en esos días el padre Billini, no sólo por la constante afluencia de curiosos, que obstaculizaban las faenas de los obreros, sino por los errados conceptos de algunos periódicos como "Patria", matizados de "suposiciones y reticencias", al parecer dirigidos a los directores de la reedificación, en sentido general, pero especialmente al supremo responsable, quien dejó a la posteridad uno de los documentos más diáfanos de la historia dominicana, comparable al que conserva el Instituto Duartiano como la joya más valiosa del Museo, o sea, la relación de sus gastos en la frustrada expedición a Baní. Según parece, hechos de tanto relieve como el ensanche del presbiterio, la nueva ubicación del coro y las fructíferas excavaciones, que propiciaron el descubrimiento de los restos del Capitán General Juan Sánchez Ramírez, héroe de Palo Hincado, entre otros hallazgos de sumo interés, provocaron mezquinas envidias.

Aún el más incrédulo y agnóstico de los seres humanos ha de reconocer, en algún momento estelar de su vida, que no estamos sartrianamente solos en el Universo y que Alguien ha de premiarnos o castigarnos por la bondad o la maldad de nuestro yo. El día 10 de septiembre de 1877, al amanecer, seguramente estaría el padre Billini mortificado por no poder reparar enteramente el templo puesto bajo su custodia, o por la incomprensión de los maldicientes e ignorantes, o por "la penuria de la época", o, ¿quién hoy no lo sabe? por las deudas del Colegio San Luis Gonzaga, etc, etc. Una mortificación profunda de nuestro Victorino de Feltre, ansioso de realizar más proyectos y cada día menos capaz de verlos realizados, en un país tan glorioso como triste, donde, como dijo el poeta, siempre seca lágrimas el sol. Con pasos lentos, pues, cabizbajo, quizás cansado, se acercaría a su amada Catedral ese día, dispuesto a concluir la delicada encomienda, aunque fuese a costa de su frágil estructura física y contando con la ayuda de Dios. ¡Profundos e inescrutables designios de la Providencia!, debemos exclamar, creamos o no en ella, igual que Meriño lo hizo ante la presencia del presidente Báez. ¿Quién podría adivinar que, desde muy temprano en horas de la mañana, el padre Billini sería la figura principal de un acontecimiento único como lo fue el hallazgo de los auténticos y venerandos restos del Primer Almirante de la Mar Océana don Cristóbal Colón?. Consciente de la



magnitud del hecho, y sin embargo dudoso a veces de si no se trataría de un sueño tan claro como falaz, nuestro egregio filántropo lloraba y reía al mismo tiempo, pero no por humana vanidad o tonto orgullo, indignos de su alma, sino por la infinita bondad del Altísimo, que lo hacía objeto de tan ostensible gracia. Recordemos que Francisco Javier Billini era periodista y maestro, además de filántropo, esto es, un dominicano de vastos conocimientos humanísticos y deduzcamos, si es que tenemos un poco de imaginación, el estremecimiento de un ser emotivo, de su corazón heroico, de su mente sagaz, al saberse para siempre unido, en su personal historia, a la historia del hombre más famoso del planeta Tierra, después de Jesucristo.

Un sueño le parecería, ciertamente, cuanto sucedió el memorable 10 de septiembre de 1877: la continuación de las excavaciones, en el lado derecho del presbiterio; su conocimiento histórico en cuanto a la tradición sobre la traslación de unos restos en 1795, que no serían por cierto los del inmortal marino, a pesar de documentos afirmativos; los picazos de dos trabajadores, a lo mejor nerviosos, debajo del sitio ocupado por la silla episcopal; descubrimiento de un principio de bóveda y de una parte de una caja de metal; envió de don Jesús María Troncoso, Sacristán Mayor, para que informase el caso a Su Señoría Ilustrísima doctor fray Roque Cocchia, Vicario y Delegado Apostólico de la Santa Sede en la República Dominicana, en su sede el Palacio arzobispal, así como al Ministro de lo Interior Marcos A. Cabral; la trémula llegada del culto prelado, ansioso quizás de observar la caja metálica; la plática con don Jesús M. Castillo, ingeniero civil encargado de las reparaciones; la emoción de los trabajadores al presentir que participaban en un grandioso suceso; llegada del Cónsul de Italia don Luis Cambiaso; examen detenido de la caja y de todos sus detalles; cierre de las puertas del templo hasta la tarde e invitación inmediata al Presidente de la República Buenaventura Báez, a sus Ministros, al Cuerpo Consular y a las demas autoridades civiles o militares, para que presenciasen la solemne extracción de la caja y autentificar el resultado de la investigación; vigilancia por parte de guardias municipales en cada una de las puertas. . . Y en la tarde, ya abiertas a todo el mundo esas puer-



tas, en ansiosa espera de pueblo y gobierno de que por fin la caja saliese de su secular encierro... ¡qué de murmullos, qué de mentales conjeturas, de grandes y pequeños! . . . Abierta, por fin, y comprobada la realidad de los restos colombinos, con qué emoción se escucharon los 21 cañonazos, y los acordes musicales y los repiques de campanas y los gritos de una multitud jubilosa, sólo comparable a la que recibió a Duarte 33 años antes en el muelle y sus alrededores, encabezada por el Arzobispo de la Ciudad Primada. Billini, no obstante su reciedumbre psíquica, acaso se sintiese desfallecer ante la insólita circunstancia; ante las múltiples evidencias de la plomiza urna; y las voces de los notarios y la profusión de huesos, debidamente clasificados por los médicos... ¡Con qué sorpresa, hija de su humildad, recibiría el encargo de custodiar, en la iglesia de Regina Angelorum, los preciados despojos, conducidos por las tropas y el pueblo, en medio de triunfal algarabía... Fue entonces, cuando a solas contemplaba, ya de noche y en la mística paz del templo tal tesoro, que se arrodillaría para agradecer a Dios y a la Virgen lo que, sin duda, consideraba un milagro.

Como sabemos, Billini jamás interrumpió sus tareas, ni antes ni después del insólito hallazgo, aún negado por algunos académicos y entidades españoles, no obstante las obras definitivas de don Emiliano Tejera. Creaciones suyas fueron, pues, la Biblioteca Popular; la Escuela de Artes y Oficios; las sociedades religiosas y patrióticas; el proyecto de Leprocomio cerca de la playa de San Jerónimo; otro parque, cerca del ex-Convento de los Dominicos; el proyecto de edificación de casas de madera, en la ciudad extramuros para ayudar con su alquiler al sostenimiento del Colegio y hasta la fundación de una Universidad.

Especial mención debo hacer de tres creaciones más del filántropo, una de ellas, con un objetivo de alcance socio-económico en favor de las clases más necesitadas. Y las dos restantes, de índole cultural y educativa, en bien de niños y de jóvenes. Me refiero, en primer lugar, a la primera Lotería que existió en nuestro país, con carácter nacional. Quiso el padre Billini favorecer a los pobres, aunque fuera con premios modestos, conforme a nuestra realidad económica, y con las pequeñas ganancias, mantener en pie la Casa de Be-



neficencia y el Manicomio, ya que el Colegio y el Orfelinato contaban con rentas propias, pero siempre precarias. Cuando se sintió gravemente enfermo, dispuso en su testamento, que el administrador fuese en adelante don Antonio Gerardino, un caritativo munícipe, de toda su confianza.

A Gerardino encomendó, mediante codicilo, que dividiere el beneficio de la Lotería en cuatro partes iguales. Una para el Manicomio; otra, para la Beneficencia; la tercera, para ir pagando las deudas originadas por los citados establecimientos; y la cuarta, para aumentar el sueldo del Administrador, a fin de que "con celo y actividad y mayor entusiasmo" se consagrara a los pobres de esos asilos, mejorándoles sus condiciones".

Ojalá que tan dinámica institución, (que es la misma, a través del tiempo) fundada por el ilustre filántropo, y que es ahora un gigante comparada con la primigenia, jamás deje de orientarse por los principios que originaron su nacimiento, basados en el interés de ayudar a los más necesitados, como eran entonces y lo siguen siendo hoy, la mayoría.

Las otras dos creaciones fueron los periódicos "El Amigo de los Niños" y "La Crónica", que apareció por primera vez en enero de 1875 y salía cada quince días, con artículos de interés literario y religioso, así como informativos. Ambos órganos de prensa constituyen inapreciable fuente para conocer al Billini periodista, de prosa sencilla y al par concisa, además de amena.

Billini, como lo dice Monseñor Pepén muy acertadamente, tenía un carácter vertical e inquebrantable. En una conferencia ofrecida en Baní por el historiógrafo Luis E. Alemar relató el caso del general Cesáreo Guillermo quien, derrotado, se refugió en el Colegio San Luis Gonzaga, adonde lo fue a buscar el general Ulises Heureau para fusilarlo. Al preguntar si era cierto lo del asilo, le contestó: "El hombre que usted busca está ahí en esa habitación de la cual sólo debe salir para el extranjero"... El férreo Liliés, entonces, bajó la cabeza y se retiró "enviándole el mismo día al padre el pasaporte del general Guillermo, quien emprendió el camino del exilio".

Cuando el venerable presbítero y Canónigo Penitenciario agonizaba, en la noche del 9 de marzo de 1890, un to-



rencial aguacero inundaba por completo las pésimas y lodosas calles de la capital, pero nadie deploraba esa especie de diluvio, sino la inevitable pérdida de un ser tan bueno como el Padre Billini. "Ustedes que se llaman mi familia, átenme las manos y los pies... acuéstense para reposar así con toda humildad "fueron sus últimas palabras, una vez que el Arzobispo Meriño le suministró los postreros auxilios de la religión. El Congreso Nacional declaró nueve días de duelo.

En el periódico "El Eco de la Opinión" Miguel A. Garrido describió con pluma elocuente y adolorida los pormenores del entierro, al cual acudió toda la población, profundamente atribulada porque dejaba a todos huérfanos y sin ventura. Desde la Catedral, concluidas las exequias, fueron llevados sus restos a la Iglesia que tanto amó y en que dijo sus memorables homilías, Regina Angelorum y fueron inhumados al pie del presbiterio, conforme a su última voluntad.

"Los hombres verdaderamente meritorios-dijo Montalvo-nacen el día de su muerte"... "Cuando se ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo"- dijo Martí... Pero creo no exagerar cuando afirmo que así como Colón descubrió un nuevo mundo; y Billini descubrió a Colón, las nuevas generaciones están en el deber de descubrir a Billini, porque aún es el gran desconocido, a pesar de la estatua erigida en 1898 y de las calles e instituciones que ostentan su egregio nombre. "Es un padre Billini" dice la gente cuando se topa con un hombre dadivoso, prisionero como está ese prócer en la red un tanto peyorativa de lo antonomástico.

Ignoran miles, cientos de miles, que en agosto de 1884 al fallecer el presbítero Miguel Santos Quezada, los ciudadanos más dignos de Santiago solicitaron del Gobernador eclesiástico al padre Billini como sucesor, diciéndole en su carta que "todo un pueblo le llamaba con amor". Esa misma hidalga ciudad había expresado, meses antes, su anhelo de que el honrado, virtuoso, dignísimo y eminente sacerdote fuese escogido por el Congreso Nacional, mediante la terna de rigor, para la máxima dirección de la Iglesia dominicana en calidad de Arzobispo de Santo Domingo.

En diciembre de ese mismo año, la Sociedad "La Progresista", de La Vega dedicó junto con un pliego impreso, con el concurso de varias asociaciones del país, una Medalla de oro, en nombre de la patria agradecida, por múltiples



razones, como la fundación del Colegio "San Luis Gonzaga" y el hallazgo de los restos de Colón. Una nutrida Biblioteca, en Baní, y un brillante Colegio, en la capital, son permanentes homenajes al filántropo.

Desde las sombras del ayer, en que duermen a veces olvidadas las almas que tanto hicieron por legarnos un país digno, vienen las voces de los que conocieron y trataron al filántropo y ¡qué voces! En todas aún vibra la emoción del llanto y de la nostalgia:

Que se respete la memoria de ese hombre insigne- (escribió Manuel de Jesús Galván).

Ya descansa el infatigable y está inerte la actividad más portentosa que ha visto la Patria- (exclamó Gastón Fernando Deligne).

¿Quién no sintió desgarrado por la mano del dolor su corazón al recibir la infausta nueva de que el Padre había dejado de existir? (Rafael Justino Castillo).

Tú despendiste con consoladora voz de esperanza a aquella madre mía, que, pensando en los hijos que dejaba, aún no quería morir, y yo en su nombre a mi vez hoy te despedido (Félix Evaristo Mejía).

El tomó de su voluntad la energía suficiente, y como quien labra piedras y echa cimientos, sin importarle si su obra llegará al cielo o se quedará con aspecto de enano y planta de gigante; él levantó obras de humanitaria compasión, que los mejores monumentos son de gloria pura, aunque sin poder darles la última mano (César Nicolás Penson).

La ciudad que fue testigo de sus glorias y objeto de sus desvelos, va a levantarle una estatua; no para nosotros los de la presente generación, que jamás olvidaremos ni su dulce semblante, ni su venerable nombre, sino para que las generaciones futuras -allá cuando Santo Domingo sea una nación próspera- reverencien al primer obrero de la civilización dominicana, la gloria más humilde y más simpática de nuestra patria (Leopoldo M. Navarro).

En vano es la lucha por el bien si así tropiezan y desaparecen los buenos; en vano es la lucha por los deberes si así se van los generosos... Algo que no es su virtud ni se refiere a nuestro inmenso duelo palpita ahora en su muerte y habla



en alta voz a las generaciones futuras: el noble ejemplo que debemos todos imitar (Rafael A. Deligne).

Si recibiste crueles decepciones en tu vida, eso contribuye mucho, más a que se premien hoy tus nobles esfuerzos, y presto el bronce perpetuará tu nombre a través de las generaciones venideras (Vetilio Arredondo).

Cuando desaparece del seno de una sociedad el más incansable obrero del bien; cuando una nación pierde al más insigne patriota, todos claman, todos derraman lágrimas de verdadero dolor, todos conocen la irreparable pérdida y todos lanzan ayes lastimeros (Moisés García Mella).

Lo que dijo en el púlpito, lo practicó en el hogar y en el templo y en todas partes... Murió como había vivido adorando y bendiciendo al Dios que animó y agigantó su su evangélico espíritu en la lucha tenaz por el bien, al Dios a que rindió siempre culto en el iluminado santuario de su conciencia (Federico García Godoy).

Caritativo sin ejemplo, sosteniendo esa virtud, implorando humildemente con una diestra y tendiendo benéfica la otra al mendigo, al desdichado, al infeliz (Juan Pablo Pina)

Hay que llorar por todos, porque a todos falta el Padre Billini (Marcos A. Cabral).

Hospicios y templos, y asociaciones y colegios, que fundó su poderosa iniciativa, y sostuvo por luengos años su fecunda actividad, lloran hoy, desolados, la eterna separación de quien los nutrió con la creadora fuerza de su amor (Eugenio Deschamps).

La caridad era su atmósfera... Su existencia, compartida entre la enseñanza de la juventud y la beneficencia de los débiles, fue un fecundo manantial de luz y bien para la sociedad dominicana (Pedro M. Archambault).

El Padre Billini vivirá vida eterna en la memoria de los dominicanos... La historia consagrará brillantes páginas a su vida (Manuel de Jesús González).

Yo he sentido su muerte por él, por la República y por mí; y he sentido su muerte como ausencia de uno con quien se podía contar para cosas buenas (Eugenio María de Hostos).

Dignos hijos de la Patria,- honrados hijos del pueblo-con vuestro sudor y lágrimas- regadle su último lecho!... (Pellerano Castro).



De admiración henchida -al sacro fuego que mi mente inflama- levanto conmovida -un himno fiel de gratitud sentida- que tu ejemplar abnegación reclama (Salomé Ureña de Henríquez).

Amé al Padre Billini con toda mi alma; su memoria vivirá eternamente grabada en el corazón de toda mi familia, y será transmitida de generación en generación (General Braulio Alvarez).

Unas cuantas horas después del lamentado y luctuoso acontecimiento, los munícipes Dionisio Bernal, Pedro A. Llubes y presbítero Manuel A. Montás iniciaron con ferviente civismo un movimiento en pro de la erección de un monumento, en forma de estatua, para perpetuar la figura del filántropo. Pueblo y autoridades acogieron la iniciativa con júbilo, ya que el sólo nombre de Billini suscitaba inefables sentimientos de amor, lo que sólo se advertía, en tal grado, cuando se mencionaba en ocasiones solemnes el nombre de Duarte. En la antigua plazuela llamada San Juan de Dios se inauguró (mayo 1898) la hermosa estatua, con un discurso del presidente de la Junta erectora don Pedro A. Llubes, quien dijo, interrumpido por aplausos de la multitud, que “nunca serían exajeradas las alabanzas que se le tributasen al Canónigo don Francisco Javier Billini y Hernández. El fue uno de esos seres tocados del espíritu de Dios, que vienen a la tierra para cumplir altos destinos”... El poeta Enrique Henríquez, Delegado del Gobierno expresó en cálida improvisación atinados conceptos y luego siguieron los turnos de don César Nicolás Penson, el presbítero Martínez Cárcelos, el Padre Montás, don Tulio Manuel Cestero, quien había sido interno del Colegio “San Luis Gonzaga”; don Jacinto Mañón y don José Contreras Ramos. Escuelas, individuos y corporaciones depositaron flores en profusión al pie de la estatua en bronce, que estuvo por la noche acompañada de la misma multitud, pues hubo una retreta y en ningún momento cesaron las expresiones de admiración por la belleza del monumento.

El doctor Joaquín Balaguer, al disponer mediante ya histórico Decreto la conmemoración de este sesquicentenario, ha revelado una vez más su sensibilidad de estadista, cuyos Mensajes deben ser leídos con atención, ya que nunca son rutinarios sino repletos siempre de estimulador y refrescante



civismo. Tanto el pueblo dominicano como todos los que integramos la Comisión por él designada nos sentimos altamente regocijados en la feliz ocasión de este glorioso aniversario en honra y recuerdo de quien fue acaso el más ilustre filántropo del nuevo mundo: el presbítero y Canónigo Penitenciario Francisco Javier Billini, descubridor del Descubridor.

Digamos todos, con el fervor de la gratitud, lo que dice el inolvidable poeta Ramón Emilio Jiménez en el Himno cuya música es de otro inolvidable artista, José de Jesús Ravelo: Como digno sacerdote fuiste todo santidad; tu existencia la resume una palabra: ¡Caridad!

(Conferencia pronunciada en el local de la Lotería Nacional, el día martes 1 de Diciembre de 1987).

